

ESCENA VI.

GABRIELA sola, y despues FEDERICO.

GABRIELA. ¡Y cómo tiene el corazon fuerzas bastantes para resistir todo esto! ¡Cómo no se muere todo, cuando le falta todo!—¿Qué es el pasado . . . ? ¿Qué es el presente . . . ? ¿Qué es el porvenir? Un alegre fantasma que vino, que me sonrió . . . que me acarició . . . que me besó . . . Despojado de su gala y de su rica pompa, se sienta á mi lado hoy para mirarme llorar . . . frío, impasible serio, como la estatua de mármol de los sepulcros! Ay! Octavio, Octavio mío! y para qué me hiciste tanto daño! ¿Y dónde estás? ¿Dónde? ¡El hombre que hace llorar á una mujer, debía tener siquiera el valor de arrodillarse junto de ella para recoger sus lágrimas! Me heriste como el malvado que huye y abandona á las aves de rapiña el cuerpo de su víctima! Y bien (*irguiéndose*), basta, basta ya de llanto y de angustia, y de dolor estéril! Tú, á quien creía modelo de enamorados, pudiste olvidarme á mí . . . yo tambien podré olvidarte Me dijiste mil veces que era yo el espejo de tu alma ; tal como te presentas ante mí en este instante, me presenta-

ré yo á tus ojos ¡más tarde! ¡Olvidar! Tenía razon mi tía Debe ser muy fácil olvidar, supuesto que me olvidaste tú! Ah! (*Viendo aparecer á Federico.*) Federico

ESCENA VII.

GABRIELA, FEDERICO

FEDERICO. Gabriela! me alegro de encontrar á vd., y de encontrarla sola.

GABRIELA. Y yo me felicito de que eso le cause á vd. alegría. Siéntese vd., Federico.

FEDERICO. Gracias: pero no quisiera importunarla.

GABRIELA. Jamás fué vd. importuno para mí.

FEDERICO. Ah!

GABRIELA. Insisto en que tome, vd. asiento.

FEDERICO. (*Sentándose.*)— Gabriela, acabo de despedirme de su señor padre . . . para siempre.

GABRIELA. ¿Para siempre? pues qué, ¿abandona vd. el lugar?

FEDERICO. Hoy mismo.

GABRIELA. Tan de repente!

FEDERICO. Eso no. Hace ya algunos días que la anuncié á vd. mi partida. ¡Qué mala memoria tiene vd!

GABRIELA. No señor, á mí no se me olvida nada!

FEDERICO. ¿Nada?

GABRIELA. Ese «nada» ¿es un reproche?

- FEDERICO. ¿Vd. lo cree así?
- GABRIELA. Pero no lo merezco.
- FEDERICO. Gabriela, ¿se ha acordado vd....?
- GABRIELA. Todos los días.
- FEDERICO. ¿Se ha acordado vd. de que me debe una respuesta?
- GABRIELA. Y se iba vd. sin ella.
- FEDERICO. Va vd. á responderme.....
- GABRIELA. Sí. Pero era necesario reflexionar ántes.
- FEDERICO. Tiene vd. razon... tiene vd. mucha razon, y eso me agrada. Si se trata- ra, Gabriela, de uno de tantos jóve- nes, que, como yo en otro tiempo, buscan al acercarse á una mujer la satisfaccion de un capricho más ó ménos liviano y pasajero..... Si me encontrara yo todavía en esa época de la existencia del hombre, cuando aún en realidad no lo es, y deslum- brado por la extraordinaria belleza de vd., buscara yo en su respuesta un halago para mi vanidad y un triunfo para mi orgullo, habría deseado de los labios de vd. respuesta breve y rá- pida, en consonancia con mis senti- mientos. Mas como éste que experi- mento, créalo vd., es tan serio y de tal manera arraigado en mi alma, que va vd. á darme con su contestacion ó una inmensa y positiva felicidad, ó la

- más amarga y cruel de las decepcio- nes de mi vida, me agrada, repito á vd., por singular manera, que ántes de responderme hubiese vd. dado ca- bida en su pensamiento al juicio y la reflexion. No tengo que repetir lo que ya por dos veces dije á vd.: y supri- mo, porque no se necesita, esa serie de discursos en los que se apura la eterna y vulgar, pero sublime fraseo- logía del lenguaje del amor. Lealtad, cariño y ternura..... cuanto puede ofrecer el corazon amante; respeto y abnegacion en cambio de esas dulze- ras de la vida íntima, apacible y tran- quila, y cuya descripcion he intentado hacer á vd. hace pocos días, con todo el colorido de la verdad y de la buena fé; es todo cuanto á vd. le pido....
- GABRIELA. Bien, Federico.... basta.... entrego á vd. mi mano y con ella mi corazon y mi vida.....
- FEDERICO. (*Tomándole la mano.*) Ah! Gabrie- la..... tan inesperada dicha me conmueve profundamente, y acrecien- ta, en un momento, con mi amor mi gratitud. Y quiere decir que hoy mis- mo....
- GABRIELA. Puede vd. pedir su autorizacion á mi padre.

- FEDERICO. Al instante! Vuelvo, ya vuelvo, Gabriela. (*Vásc.*)
GABRIELA. Y yo aquí aguardo.... (*Aparece Enriqueta.*)

ESCENA VIII.

ENRIQUETA, GABRIELA.

- ENRIQUETA. ¿Pero qué es lo que he visto?
GABRIELA. Nada, tía, que me caso, ¿hay cosa más natural?
ENRIQUETA. ¿Con Federico?
GABRIELA. ¿Y le extraña á vd?
ENRIQUETA. ¡Pues no! Me extraña y me enoja. Me extraña por lo repentino de tu resolución; y me enoja porque me apena en tí la mudanza.
GABRIELA. Me aconsejaba vd. el olvido.
ENRIQUETA. No es él el que me asombra, sino la rapidez con que vino. Ese matrimonio que intentas es imposible.
GABRIELA. Por qué?
ENRIQUETA. Porque te hará desdichada.
GABRIELA. Obedezco á los impulsos de mi corazón.
ENRIQUETA. A los impulsos del despecho.
GABRIELA. Yo siento, sin esforzarme, decidida simpatía por Federico.
ENRIQUETA. Hace poco me afirmabas que la simpatía no es el amor.
GABRIELA. Pero tras ella viene,

- ENRIQUETA. Viene el amor tras de la simpatía volando con alas postizas.
GABRIELA. Algun día amaré á Federico tanto como creí amar á Octavio.
ENRIQUETA. Oye, Gabriela, oye lo que voy á decirte, y grábalo en tu corazón.
GABRIELA. Son inútiles los consejos, tía; he tomado una resolución y es irrevocable.
ENRIQUETA. Harás lo que tú quieras; pero necesito hablarte sobre esto, y tú necesitas oírme. Yo cumplo con un deber, tú con una obligación. ¿Qué vas á buscar en rededor tuyo casándote con Federico? Nada. ¿Qué vas á buscar dentro de tí? Nada. Fuera de tí la soledad del hogar; dentro de tí la soledad del alma! El alma y el hogar están vacíos si el amor no habita, en el uno, bajo su techo; en el otro, al abrigo de sus sentimientos. Si el corazón es insaciable cuando tiene de qué alimentarse, ¿qué sed no será esa, qué hambre no será esa, cuando no tiene ni placeres que lo halaguen, ni penas que lo destruyen? En qué seno vas á reclinar tu sien para sonreír? ¿En qué seno vas á ocultar tu frente para llorar? ¿Te casas porque buscas apoyo? El mío es débil, pero lo tienes. ¿Te casas porque necesitas de sombra y

proteccion? Vive aún tu padre. ¿Te casas porque quieres libertad? Pues bien, vas á perder la que ahora tienes. Todas serán cadenas para tí.... No tendrás libertad ni para ver, ni para oír.... ni para pensar! Hoy, si clavas tu mirada en un hombre, si el más inocente de tus movimientos, la más leve de tus inclinaciones denuncia en tí siquiera pueril simpatía por un hombre, la sociedad, el mundo, las lenguas, podrán decir ó dirán: «qué loca,» «qué coqueta,» «qué ligera.» Casada, por el mismo motivo.... por ménos aún, por mucho ménos, la sociedad, el mundo, las lenguas dirán: «vil, infame.....»

GABRIELA. Tía.....

ENRIQUETA. Dirán.... dirán algo más que hará subir á tu frente y agolparse á tu cabeza toda la sangre que por tus venas circula. No, mil veces no! ¡Ese matrimonio es imposible! Yo, con todas mis fuerzas habré de oponerme á él.

GABRIELA. Y yo con todas las mías haré que ese hombre me conduzca al altar.

ENRIQUETA. Pero tú te has vuelto loca.

GABRIELA. No, tía, está vd. equivocada. Antes, ayer mismo, hoy.... estaba loca. He vuelto á la razon.

ENRIQUETA. ¡Que de tal manera los celos pongan

ante los ojos tan tupida venda! Hablaré á tu padre; mi hermano sabrá oírme.

GABRIELA. Perdóneme vd., tía; pero yo ántes que vd. entraré á su aposento para hablarle. Allí está Federico.

ENRIQUETA. Por lo mismo, aún será tiempo.

GABRIELA. (*Interponiéndose entre la puerta y Enriqueta para impedirle el paso.*)
—Tía.....

ENRIQUETA. Déjame pasar.....

GABRIELA. No, tía, no irá vd. (*Aparece Fernanda por el fondo.*)

ESCENA IX.

Dichas y FERNANDA.

FERNANDA. Señora..... Señorita.... el Sr. D. Octavio.

GABRIELA. Octavio!

FERNANDA. Subiendo está la escalera.

GABRIELA. Él..... el infame.....

ENRIQUETA. Tú lo recibirás.

GABRIELA. Nunca!

ENRIQUETA. Gabriela.....

GABRIELA. Le digo á vd. que nunca!

ENRIQUETA. Entónces.....

GABRIELA. Vd. lo recibirá! (*Gabriela con un rápido movimiento se dirige á la puerta que conduce al aposento de su pa-*

dre, y saliendo por ella la cierra por dentro.)

ENRIQUETA. *(Al verla cerrada exclama:)* Oh! . . . y Octavio sube . . . allí está.

ESCENA X.

ENRIQUETA, OCTAVIO.

OCTAVIO. Enriqueta

ENRIQUETA. *(Con disimulada pena y notoria perplejidad.)* Octavio

OCTAVIO. ¿Qué es esto? ¿qué le pasa á vd? ¿Por qué no me recibe vd., señora, como otras veces? ¿Qué ocurre? ¿Alguna desgracia acaso? ¿Está el Sr. D. Pedro enfermo? O tal vez Gabriela . . . ¿En dónde está Gabriela, que no viene? Enriqueta, suplico á vd. que la llame ó que la haga llamar, porque apenas cuento con unos instantes para hablar con ella . . . siquiera para mirarla

ENRIQUETA. ¿Cómo? ¿Se vuelve vd. á marchar?

OCTAVIO. He venido á mi pueblo solamente á la práctica de una diligencia judicial, sobre un asunto muy grave, y que requiere la mayor brevedad en sus procedimientos, pero el tiempo se va y son sus instantes preciosos para mí . . . Le ruego á vd. otra vez que haga llamar á Gabriela. Ah! Hace tanto tiempo que no la veo

ENRIQUETA. Octavio . . . es que Gabriela . . . Gabriela se ha recogido

OCTAVIO. ¿Tan temprano? Ay! señora, con esta doble vista de los ojos enamorados, no sé qué miro en el semblante de vd., de raro de extraordinario. Tal vez me equivoque. ¡Ojalá, Enriqueta, que me equivocara yo!

ENRIQUETA. Pues bien . . . es cierto . . . yo . . . Octavio lo siento mucho . . . muchísimo; pero qué quiere vd. que una haga . . . yo la he hecho muchas reflexiones . . . muchas

OCTAVIO. ¿Pero sobre qué? Acabe vd., que me está asesinando lentamente!

ENRIQUETA. Y bien . . . tiene vd. razon . . . esa zozobra es del instinto que se la acusa á vd. . . Hay algo que nos avisa . . . hay una voz misteriosa y secreta que nos habla al alma cuando ha caído sobre nosotros una desgracia.

OCTAVIO. Pero, por Dios, señora, que esta agonia en que tiene vd. á mi espíritu, es peor todavía que la mayor de las desgracias.

ENRIQUETA. ¿Tendrá vd. valor?

OCTAVIO. Para todo.

ENRIQUETA. Pues bien, Gabriela

OCTAVIO. No me ama ya?

ENRIQUETA. Eso.

OCTAVIO. Permítame vd., señora, que no la crea.. que vacile en creer á vd.... que du- de.....

ENRIQUETA. Como que yo misma lo estoy dudando todavía.

OCTAVIO. Y sin embargo.....

ENRIQUETA. Es verdad!

ESCENA XI.

GABRIELA, ENRIQUETA, FEDERICO, OCTAVIO.

(Se abre la puerta por la cual salió Gabriela, y aparece ésta con Federico.)

GABRIELA. Tía.... Octavio. ¿Vd. aquí? Buenas noches.... Le hacía yo á vd. en Mé- xico, al lado de la señorita Alicia su prometida. El Sr. D. Federico Men- doza..... el Sr. D. Octavio Pérez. *(Presentándolos.) (Octavio y Federi- co se cambian un saludo.)* Tía.... le presento á vd. *(señalando á Federi- co)* á mi futuro esposo. Es asunto arre- glado, pues el señor ha pedido mi ma- no á mi padre y yo he consentido.

ENRIQUETA. Sea para bien.

FEDERICO. Gracias, señora. Hasta mañana, Ga- briela. Caballero..... *(A Octavio.) (Octavio contesta con una cortesía á Federico, el cual casi ni se ha fijado en él. Váse Federico.)*

ESCENA XII.

GABRIELA, ENRIQUETA, OCTAVIO.

OCTAVIO. Pero esto es una horrible chanza, Ga- briela.

GABRIELA. ¿Lo cree vd. así?

OCTAVIO. *(A Enriqueta.)* Señora..... ¿esto es cierto?

ENRIQUETA. Es cierto.

OCTAVIO. *(Tomando su sombrero.)* Entónces... nada tengo que hacer aquí, Enriquet- a. *(Dándole la mano.)* Buenas no- ches, señorita..... *(Saludando des- de lejos á Gabriela.)*

GABRIELA. Que lo pase vd. muy bien, caballero

ENRIQUETA. *(Al desaparecer Octavio.)* Pero, es posible?

ESCENA ULTIMA.

GABRIELA Y ENRIQUETA.

GABRIELA. *(Sin hacer caso de la pregunta de Enriqueta.)* ¿Ha visto vd. qué sem- blante, tía, el del pobre de Octavio? Já.... já.... já.....

ENRIQUETA. ¡Gabriela!

GABRIELA. Pues cómo no he de reír! Já... já... já.... já.... *(Gabriela se ríe, pri- mero con mofa, despues su risa ó carcajada histérica termina en una explosion de sollozos y acaba al fin*

por dejarse caer, llorando copiosamente, en el sofá.)

ENRIQUETA. (*Mirándola con profunda lástima.*)
Desventuradal (*Cae el telon.*)

EIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Federico.—Puerta en el fondo. A la derecha del espectador, dos puertas laterales. A la izquierda, una que pertenece á la habitacion de Federico, y otra en segundo término, que conduce á la calle, como una puerta de escape.

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO, entrando por el fondo seguido
de ANSELMO.

- FEDERICO. Haz que tengan listo el carruaje, porque saldremos esta noche.
- ANSELMO. Bien, señor.
- FEDERICO. Se entiende, si como me has dicho, mi padre se encuentra mejor.
- ANSELMO. Mucho, señor. Aseguró el médico, al salir, que se hallaba fuera de peligro; eso á lo ménos dijo á la señora.
- FEDERICO. ¿Y no dijo nada más?
- ANSELMO. Que es preciso cuidarle porque se encuentra débil. . . . muy débil; encargó el silencio y el reposo.